

EL HÉROE, DE BALTASAR GRACIAN.

PRIMOR PRIMERO.

QUE EL HÉROE PRACTIQUE INCOMPRESIBILIDADES
DE CAUDAL.

Sea ésta la primera destreza en el arte de entendidos, medir el lugar con su artificio. Gran treta es ostentarse al conocimiento, pero no á la comprensión; cebar la expectacion, pero nunca desengañarla del todo; prometa más lo mucho, y la mejor accion deje siempre esperanzas de mayores.

Excuse á todos el varon culto sonarle el fondo á su caudal, si quiere que le veneren todos. Formidable fué un rio hasta que se le halló vado, y venerado un varon hasta que se le conoció término á la capacidad; porque ignorada y presumida profundidad, siempre mantuvo con el recelo el crédito.

Culta propiedad fué llamar señorear al descubrir, alternando luégo la victoria sujetos; si el que comprende señorea, el que se recata nunca cede.

Compita la destreza del advertido en templarse con la curiosidad del atento en conocerle, que suele ésta doblarse á los principios de una tentativa.

Nunca el diestro en desterrar una barra remató al primer lance, vase empeñando con uno para otro, y siempre adelantándolos.

Ventajas son de ente infinito envidar mucho con resto de infinidad. Esta primera regla de grandeza advierte, si no el ser infinitos, á parecerlo, que no es sutileza comun.

En este entender, ninguno escrupuleará aplausos á la cruda paradoja del sabio de Mitilene. Más es la mitad que el todo, porque una mitad en alarde y otra en empeño, más es que un todo declarado.

Fué jubilado en ésta, como en todas las demas destrezas, aquel gran rey primero del Nuevo Mundo, último de Aragon, si no el *Non plus ultra* de sus heroicos reyes.

Entretenia este católico monarca, atentos siempre, á todos sus con-reyes, más con las prendas de su ánimo, que cada dia de nuevo brillaba, que con las nuevas coronas que ceñia.

Pero á quien deslumbró este centro de los rayos de la prudencia, gran restaurador de la monarquía goda, fué, cuando más, á su heroica consorte, despues á los tahures del palacio, sutiles á brujular el nuevo rey, desvelados á sonarle el fondo, atentos á medirle el valor.

Pero, qué advertido se les permitia y detenia Fernando, qué cauto se les concedia y se les negaba, y al fin ganóles.

¡Oh, varon cándido de la fama! Tú, que aspiras á la grandeza, alerta al primor. Todos te conozcan, ninguno te abarque, que con esta treta, lo moderado parecerá mucho, y lo mucho infinito, y lo infinito más (1).

PRIMOR II.

CIFRAR LA VOLUNTAD.

Lega quedaria el arte, si dictando recato á los términos de la capacidad, no encargase disimulo á los ímpetus del afecto.

Está tan acreditada esta parte de sutileza, que sobre ella levantaron Tiberio y Luis toda su máquina y política.

Si todo exceso en secreto lo es en caudal, sacra-

(1) Saint-Evremond copia este capítulo de GRACIAN, respondiendo al Conde de Saint-Albans, que le pedia en pocas palabras la noticia de todo lo que era necesario á un jóven de grandes esperanzas para entrar con ventaja en el mundo y para sostenerse en él con honor. Véanse las palabras de Saint-Evremond:

« Il y a beaucoup d'adresse à se saisir d'abord de l'estime publique, et à faire éclater si à propos ses talents, que jamais le monde ne s'en rassasie. Le moyen de conserver sa reputation, c'est de produire toujours des choses de plus en plus excellentes, et de fournir une nourriture suffisante à l'admiration générale. Les grandes actions que nous avons faites, en ont promis encore de plus grandes, et le bon doit être suivi du meilleur. Un grand homme ne doit pas laisser sonder le fonds de sa capacité, s'il veut être toujours admiré du vulgaire. Il faut, au contraire, qu'il se conduise de telle sorte qu'il ne montre jamais tout ce qu'il sait, et que personne ne puisse jamais se vanter de pouvoir assiéger les bornes de sa doctrine. Car, quelque savant que soit un homme, l'opinion qu'on a de son mérite, lorsqu'on ne le connaît qu'à demi, va toujours plus loin que l'idée qu'on s'en forme, quand on le connaît tout entier. Qu'on se garde, donc, bien de faire voir tout d'un coup toutes ses forces. Il faut se ménager des ressources, et avoir un corps de réserve, duquel on puisse tirer des secours dans le besoin.... Le grand art consiste à ne pas étaler tout son savoir en une seule fois; mais à le développer, pour ainsi dire, par pièces. C'est précisément dans ces vues que les grands maîtres ne découvrent jamais le fin de leur art dans les leçons qu'ils en font à leurs disciples. Par là ils demeurent toujours les premiers maîtres et conservent toujours de quoi entretenir leur réputation », etc.

« Yo no acuso aquí, decía el padre Courbeville, de ingratitud á monsieur de Saint-Evremond porque no ha citado el nombre de su bienhechor; no pretendo otra cosa que honrar más y más el mérito de GRACIAN por la aprobacion auténtica de uno de nuestros más juiciosos autores. »

PRIMOR III.

LA MAYOR PRENDA DE UN HÉROE.

Grandes partes se desean para un gran todo, y grandes prendas para la máquina de un héroe.

Gradúan en primer lugar los apasionados al entendimiento por origen de toda grandeza; y así como no admiten varon grande sin excesos de entendimiento, así no conocen varon excesivamente entendido sin grandeza.

Es lo mejor de lo visible el hombre, y en él el entendimiento, luégo sus victorias las mayores.

Adécuese esta capital prenda de otras dos, fondo de juicio y elevacion de ingenio, que forman un prodigio si se juntan.

Señaló pródigamente la filosofía dos potencias al acordarse y al entender. Súfrasele á la política con más derecho introducir division entre el juicio y el ingenio, entre la sindéresis y la agudeza.

Sola esta distincion de inteligencias pasa la verdad escrupulosa, condenando tanta multiplicacion de ingenios, á confusion de la mente con la voluntad.

Es el juicio trono de la prudencia, es el ingenio esfera de la agudeza, cuya eminencia y cuya medianía deba preferirse; es pleito ante el tribunal del gusto. Aténgome á la que así imprecaba: « Hijo, Dios te dé entendimiento del bueno. »

La valentía, la prontitud, la sutileza de ingenio. Sol es de este mundo en cifra, si no rayo, vislumbre de divinidad. Todo héroe participó exceso de ingenio.

Son los dichos de Alejandro esplendores de sus hechos. Fué pronto César en el pensar, como en el hacer.

Mas apreciando los héroes verdaderos, equivócase en Augustino lo Augusto con lo agudo, y en el lauro que dió Huesca para coronar á Roma compitieron la constancia y la agudeza.

Son tan felices las prontitudes del ingenio, cuan azares las de la voluntad. Alas son para la grandeza, con que muchos se remontaron del centro del polvo al del sol en lucimientos.

Dignábase tal vez el Gran Turco desde un balcon, ántes al vulgo de un jardín que al de la plaza, prision de la majestad y grillos del decoro. Comenzó á leer un papel, que, ó por burla ó por desengaño de la mayor soberanía, se lo voló el viento de los ojos á las hojas. Aquí los pajes, émulo de él y de sí mismos, volaron escala abajo con las alas de lisonja. Uno de ellos, Ganimédes de su ingenio, supo hallar atajo por el aire, arrojóse por el balcon. Voló, cogióle y subia cuando los otros bajaban, y fué subir con propiedad y aun remontarse; porque el príncipe, lisonjeado eficazmente, le levantó á su valimiento.

Que la agudeza, si no reina, merece con-reinar.

Es en todo porte la malilla de las prendas, gran pregonera de la reputacion, mayor realce cuanto más sublime el fundamento.

Son agudezas coronadas ordinarios dichos de un rey. Perecieron grandes tesoros de monarcas, mas

mentar una voluntad será soberanía. Son los achaques de la voluntad desmayos de la reputacion, y si se declaran, muere comunmente.

El primer esfuerzo llega á violentarlos, á disimularlos el segundo. Aquello tiene más de lo valeroso, esto de lo astuto.

Quien se les rinde, baja de hombre á bruto; quien los reboza, conserva por lo ménos en apariencias el crédito.

Arguye eminencia de caudal penetrar toda voluntad ajena, y concluye superioridad saber celar la propia.

Lo mismo es descubrirle á un varon un afecto, que abrirle un portillo á la fortaleza del caudal, pues por allí maquinan políticamente los atentos, y las más veces asaltan con triunfo. Sabidos los afectos, son sabidas las entradas y salidas de una voluntad, con señorio en ella á todas horas.

Sonó dioses á muchos la inhumana gentilidad, áun no con la mitad de hazañas de Alejandro, y nególe al laureado Macedon el predicamento ó la caterva de deidades. Al que ocupó mucho mundo, no le señaló poco cielo; pero ¿de dónde tanta escasez, cuándo tanta prodigalidad?

Asombró Alejandro lo ilustre de sus proezas con lo vulgar de sus furoros, y desmintióse á sí mismo tantas veces triunfante, con rendirse á la avilantez del afecto. Sirvióle poco conquistar un mundo, si perdió el patrimonio de un príncipe, que es la reputacion.

Es Caribdis de la excelencia la exorbitancia irascible, y Scila de la reputacion la demasia concupiscible.

Atienda, pues, el varon excelente primero á violentar sus pasiones, cuando ménos á solaparlas con tal destreza, que ninguna contratreta acierte á descifrar su voluntad.

Avisa este primor á ser entendidos no siéndolo, y pasa adelante á ocultar todo defecto, desmintiendo las atalayas de los descuidos y deslumbrando los linceos de la ajena oscuridad.

Aquella católica Amazona, desde quien España no tuvo que envidiar las Cenobias, Tomiris, Semíramis y Pantasileas, pudo ser oráculo de estas sutilezas. Encerrábase á parir en el retrete más oscuro, y recelando el connatural decoro, la innata majestad echaba un sello á los suspiros de su real pecho, sin que se le oyese un ay, y un velo de tinieblas á los desmanes del semblante. Pero quien así menudeaba en tan excusables achaques del recato, como que escrupulearia en los del crédito.

No graduaba de necio el cardenal Madrucio al que aborta una necesidad, sino al que, cometida, no sabe ahogarla.

Accesible es el primor á un varon, llamada, calificada inclinacion, mejorada del arte, prenda de divinidad, si no por naturaleza, por semejanza.

consérvanse sus sentencias en el guardajoyas de la fama.

Valióse más á muchos campeones tal vez una agudeza que todo el hierro de sus escuadrones armados, siendo premio de una agudeza una victoria.

Fué exámen, fué pregon del mayor crédito en el rey de los sabios y en el más sabio de los reyes, la sentenciosa prontitud en aquel extremo de pleitos, que lo fué llegar á pleitear los hijos, que tambien acredita el ingenio la justicia.

Y aún en bárbaros tribunales asiste el que es sol de ella. Compite con la de Salomon la prontitud de aquel Gran Turco. Pretendía un judío cortar una onza de carne á un cristiano, pena sobre usura; insistía en ello con igual terquería á su príncipe, que perfidia á su Dios. Mandó el gran juez traer peso y cuchillo, conminóle el degüello si cortaba más ni menos. Y fué dar un agudo córte á la lid, y al mundo un milagro del ingenio.

Es la prontitud oráculo en las mayores dudas, esfinge en los enigmas. Hilo de oro en laberintos, y suele ser de condicion de leon, que guarda el extremarse para el mayor aprieto.

Pero hay tambien perdidos de ingenio como de bienes, pródigos de agudeza para presas sublimes, tagarotes para las viles águilas. Mordaces y satíricos, que si los crueles se amasaron con sangre, éstos con veneno. En ellos la sutileza con extraña contrariedad por liviana, abate, sepultándolos en el abismo de un desprecio, en la region del enfado.

Hasta aquí favores de la naturaleza, desde aquí realces del arte. Aquélla engendra la agudeza, ésta la alimenta, ya de ajenas sales, ya de la prevenida advertencia.

Son los dichos y hechos ajenos en una fértil capacidad semillas de agudeza, de las cuales fecundado el ingenio, multiplica cosecha de prontitudes y abundancia de agudezas.

No abogo por el juicio, pues él habla por sí bastantemente.

PRIMOR IV.

CORAZON DE REY.

Gran cabeza es de filósofos, gran lengua de oradores, pecho de atletas, brazos de soldados, piés de cursóres, hombros de palanquines. Gran corazon de reyes. De las divinidades de Platon, y texto con que en favor del corazon arma algunos pleitos á la inteligencia.

¿Qué importa que el entendimiento se adelante, si el corazon se queda? Concibe dulcemente el capricho lo que le cuesta mucho de sacar á lucimiento al corazon.

Son estériles por la mayor parte las sutilezas del discurso, y flaquean por su delicadeza en la ejecucion.

Proceden grandes efectos de gran causa, y portentos de hazañas de un prodigio de corazon. Son gigantes los hijos de un corazon gigante. Presume siempre empeños de su tamaño, y afecta primeros asuntos.

Grande fué el de Alejandro y el archicorazon, pues cupo en un rincon de él todo este mundo holgadamente, dejando lugar para otros seis.

Máximo el de César, que no hallaba medio entre todo y nada.

Es el corazon el estómago de la fortuna, que digiere con igual valor sus extremos. Un gran buche no se embaraza con grandes bocados, no se estraga fácilmente con la afectacion, ni se aceda con la ingratitude. Es hambre de un gigante el hartazgo de un enano.

Aquel milagro del valor, digo el Delfin de Francia entónces y Carlos VII despues, notificándole la sentencia, estrujada en el supremo por los dos reyes, el de Francia, su padre, y el de Inglaterra, su antagonista, en que le declaraban por incapaz de suceder en la corona de los lirios, respondió invicto que se apelaba. Instáronle con admiracion que á quién. Y él, que á la grandeza de su corazon y á la punta de su espada, y valióle.

No brilla tan ufano el casi eterno diamante en medio de los voraces carbunclos, como soliza (si así puede decirse un hacer del sol) un Augusto corazon en medio de las violencias de un riesgo.

Rompió con solos cuatro de los suyos el Aquiles moderno, Carlos Manuel de Saboya, por medio de cuatrocientas corazas enemigas, y satisfizo á la universal admiracion, diciendo que no hay compañía en el mayor aprieto como la de un gran corazon.

Suple la sobra de él la falta de todo lo demas, siendo siempre el primero que llega á la dificultad y vence.

Presentáronle al Rey de Arabia un alfanje damasquino, lisonja para un guerrero. Alabáronle los grandes de la asistencia áulica, no por ceremonia, sí con razon; y atentos á la fineza y arte, alargáronse á juzgarle por rayo de acero, si no pecára algo en corto. Mandó llamar el Rey al Príncipe para que diese su voto, y podia, pues era el famoso Jacob Almanzor. Vino, examinóle, y dijo que valia una ciudad, proprio apreciar de un príncipe. Instó el Rey que si le hallaba alguna falta. Respondió que todas eran sobras. Pues, Príncipe, estos caballeros todos le condenan por corto. Él entónces, echando mano á su cimitarra, dijo: Para un caballero animoso nunca hay arma corta, porque con hacerse él un paso adelante, se alarga ella bastantemente, y lo que le falta de acero, lo suple el corazon de valor.

Lauree este intento la magnanimidad en los agravios, timbre augusto de grandes corazones. Enseñó Adriano un raro sobre excelente modo de triunfar de los enemigos, cuando al mayor de los suyos le dijo, escapásete.

No hay encomio igual á un decir Luis XII de Francia: No venga el Rey los agravios hechos al Duque de Orlens. Éstos son milagros del corazon de un héroe.

PRIMOR V.

GUSTO RELEVANTE.

Toda buena capacidad fué mal contentadiza. Hay cultura de gusto, así como de ingenio. Entrambos re-

levantes son hermanos de un vientre, hijos de la capacidad, heredados por igual en la excelencia.

Ingenio sublime nunca crió gusto ratero.

Hay perfecciones soles, y hay perfecciones luces. Galantea el águila al sol, piérdese en él el helado gusanillo por la luz de un candil, y tómasese la altura á un caudal por la elevacion del gusto.

Es algo tenerlo bueno, es mucho tenerlo relevante. Péganse los gustos con la comunicacion, y es suerte topar con quien le tiene superlativo.

Tienen muchos por felicidad (de prestado será) gozar de lo que apetecen, condenando á infelices los demas; pero desquitanse éstos por los mismos filos, con que es de ver la mitad del mundo riyéndose de la otra, con más ó menos de necedad.

Es calidad un gusto crítico, un paladar difícil de satisfacerse; los más valientes objetos le temen, y las más seguras perfecciones le tiemblan.

Es la estimacion preciosísima, y de discretos el regatearla; toda escasez en moneda de aplauso es hidalga; y al contrario, desperdicios de estima merecen castigo de desprecio.

La admiracion es comunmente sobreescribido de la ignorancia; no nace tanto de la perfeccion de los objetos, cuanto de la imperfeccion de los conceptos. Son únicas las perfecciones de primera magnitud; sea, pues, raro el aprecio.

Quien tuvo gusto rey, fué el prudente de los Filipos de España, hecho siempre á objetos milagros, que nunca se pagaba sino de la que era maravilla en su serie.

Presentóle un mercader portugues una estrella de la tierra, digo un diamante de Oriente, cifra de la riqueza, pasmo del resplandor; y cuando todos aguardaban, si no admiraciones, reparos en Filipo, escucharon desdeñes, no porque afectase el gran monarca lo descomedido, como lo grave, sino porque un gusto hecho siempre á milagros de naturaleza y arte no se pica así vulgarmente. ¿Qué paso éste para una hidalga fantasía! Señor, dijo, setenta mil ducados que abrevié en este digno nieto del Sol, no son de asquear. Apretó el punto Filipo y díjole: «¿En qué pensábaseis cuando disteis tanto?— Señor, acudió el portugues, como tal, pensaba en que habia un rey Filipo II en el mundo.» Cayóle al monarca en picadura más la agudeza que la preciosidad, y mandó luego pagarle el diamante y premiarle el dicho, ostentando la superioridad de su gusto en el precio y en el premio.

Sienten algunos que el que no excede en alabar, vituperar. Yo diria que las sobras de alabanza son menudas de la capacidad, y que el que alaba sobrado, ó se burla de sí ó de los otros.

No tenía por oficial el griego Agesilao el que calzaba á un pigmeo el zapato de Encelado, y en materia de alabanza, es arte medir justo.

Estaba el mundo lleno de las proezas del qué fué alba del mayor sol, digo de las victorias de don Hernando Álvarez de Toledo; y con llevar un mundo, no mediaban su gusto, extrañándole la causa, dijo que en cuarenta años de vencer, teniendo por campo toda

Europa, por blasones todas las empresas de su tiempo, le parecia todo nada, pues nunca habia visto ejército de turcos delante, donde la victoria fuera triunfo de la destreza, y no del poder, donde la excesiva potencia humillada ensalzara la experiencia y el valor de un caudillo. Tanto es menester para acallar el gusto de un héroe.

No amaestra este primor á ser Momo un varon culto, que es insufrible destemplanza; sí á ser integérrimo censor de lo que vale. Hacen algunos esclavo al juicio del afecto, pervirtiendo los oficios al Sol y las tinieblas.

Merezca cada cosa la estimacion por sí, no por sobornos del gusto.

Sólo un gran conocimiento, favorecido de una gran práctica, llega á saber los precios de las perfecciones. Y donde el discreto no puede lisamente votar, no se arroje, deténgase, no descubra ántes la falta propia que la sobra extraña.

PRIMOR VI.

EMINENCIA EN LO MEJOR.

Abarcar toda perfeccion, sólo se concede al primer Sér, que por no recibirlo de otro, no sufre limitaciones.

De las prendas, unas da el cielo, otras libra á la industria; una ni dos no bastan á realzar un sujeto; cuanto destituyó el cielo de las naturales, supla la diligencia en las adquisitas. Aquéllas son hijas del favor, éstas de la loable industria, y no suelen ser las menos nobles.

Poco es menester para individuo, mucho para universal; y son tan raros éstos, que se niegan comunmente á la realidad, si se conceden al concepto.

No es uno solo el que vale por muchos. Grande excelencia en una intensa singularidad cifrar toda una categoría y equivalerla.

No toda arte merece estimacion, ni todo empleo logra crédito. Saberlo todo no se censura; practicarlo todo, sería pecar contra la reputacion.

Ser eminente en profesion humilde es ser grande en lo poco, es ser algo en nada. Quedarse en una medianía, apoya la universalidad; pasar á eminencia, desluce el crédito.

Distaron mucho los dos Filipos, el de España y Macedonia. Extrañó el primero en todo y segundo en el renombre, al Príncipe, el cantar en su retrete, y abonó el Macedon á Alejandro el correr en el estadio. Fué aquélla puntualidad de un prudente, fué éste descuido de la grandeza. Pero corrido Alejandro, ántes que corredor, acudió bien, que á competir con reyes, aún, aún.

Lo que tiene más de lo deleitable tiene menos de lo heroico comunmente.

No debe un varon máximo limitarse á una ni á otra perfeccion, sino con ambiciones de infinidad aspirar á una universalidad plausible, correspondiendo la intension de las noticias á la excelencia de las artes.

Ni basta cualquiera ligera cognicion, empeño de

corrida, que suele ser más nota de vana locuacidad que crédito de fundamental entereza.

Alcanzar eminencia en todo no es el menor de los imposibles; no por flojedad de la ambición, sí de la diligencia y aun de la vida. Es el ejercicio el medio para la consumacion en lo que se profesa, y falta á lo mejor el tiempo y más presto el gusto en tan prolíja práctica.

Muchas medianías no bastan á agregar una grandeza, y sobra sola una eminencia á asegurar superioridad.

No ha habido héroe sin eminencia en algo, porque es carácter de la grandeza; y cuanto más calificado el empleo, más gloriosa la plausibilidad. Es la eminencia en aventajada prenda parte de soberanía, pues llega á pretender su modo de veneracion.

Y si el regir un globo de viento con eminencia triunfa de la admiracion, ¿qué será regir con ella un acero, una pluma, una vara, un baston, un cetro, una tiara?

Aquel Marte castellano, por quien se dijo, Castilla capitaneada si Aragon reyes, don Diego Perez de Vargas, con más hazañas que días, retiróse á acabarlos en Jerez de la Frontera. Retiróse él, mas no su fama, que cada día se extendía más por el teatro universo. Solicitado de ella Alfonso, rey novel, pero antiguo apreciador de una eminencia, y más en armas, fué á buscarle disfrazado con solos cuatro caballeros.

Que la eminencia es iman de voluntades, es hechizo del afecto.

Llegado el Rey á Jerez y á su casa, no le halló en ella, porque el Vargas, enseñado á campear, engañaba en el campo su generosa inclinacion. El Rey, á quien no se le habia hecho de mal ir desde la córte á Jerez, no extrañó el ir desde allí á la alquería. Descubriósele desde lejos, que con una hoz en la mano iba descabezando vides con más dificultad que en otro tiempo vidas. Mandó Alfonso hacer alto y embosarse los suyos. Apeóse del caballo, y con majestuosa galantería comenzó á recoger los sarmientos que el Vargas, descuidado, derrivaba. Acertó éste á volver la cabeza, avisado de algun ruido que hizo el Rey, ó lo que es más cierto, de algun impulso fiel de su corazon. Y cuando conoció á su majestad, arrojándose á sus plantas á lo de aquel tiempo, dijo: «Señor, ¿qué haceis aquí?—Proseguid, Vargas, dijo Alfonso, que á tal podador, tal sarmentador.»

¡Oh, triunfo de una eminencia!

Anhele á ella el varon raro, con seguridad de que lo que le costará de fatiga lo logrará de celebridad.

Que no sin propiedad consagró la gentilidad á Hércules el buey, en misterio de que el loable trabajo es una sementera de hazañas, que promete cosecha de fama, de aplauso, de inmortalidad.

PRIMOR VII.

EXCELENCIA DE PRIMERO.

Hubieran sido algunos fénix en los empleos, á no irles otros delante. Gran ventaja el ser primero, y si

con eminencia, doblada. Gana en igualdad el que ganó de mano.

Son tenidos por imitadores de los pasados los que les siguen; y por más que suden, no pueden purgar la presuncion de imitacion.

Alzarse los primeros con el mayorazgo de la fama, y quedan para los segundos mal pagados alimentos.

Dejó de estimar la novelera gentilidad á los inventores de las artes, y pasó á venerarlos. Trocó la estima en culto, ordinario error, pero que exagera lo que vale una primería.

Mas no consiste la gala en ser primero en tiempo, sino en ser el primero en la eminencia.

Es la pluralidad descrédito de sí misma, aun en preciosos quilates, y al contrario, la raridad encarece la moderada perfeccion.

Es, pues, destreza no comun inventar nueva senda para la excelencia, descubrir moderno rumbo para la celebridad. Son multiplicados los caminos que llevan á la singularidad, no todos sendereados. Los más nuevos, aunque arduos, suelen ser atajos para la grandeza.

Echó sabiamente Salomon por lo pacífico, cediéndole á su padre lo guerrero. Mudó el rumbo y llegó con ménos dificultad al predicamento de los héroes.

Afectó Tiberio conseguir por lo político lo que Augusto por lo magnánimo.

Y nuestro gran Filipo gobernó desde el trono de su prudencia todo el mundo, con pasmo de todos los siglos; y si el César, su invicto padre, fué un prodigio de esfuerzo, Filipo lo fué de la prudencia.

Ascendieron con este aviso muchos de los soles de la Iglesia al cenit de la celebridad. Unos por lo eminente santo, otros por lo sumamente docto; cuál por la magnificencia en las fábricas, y cuál por saber realzar la dignidad.

Con esta novedad de asuntos se hicieron lugar siempre los advertidos en la matrícula de los magnos.

Sin salir del arte sabe el ingenio salir de lo ordinario y hallar en la encañada profesion nuevo paso para la eminencia. Cedióle Horacio lo heroico á Virgilio, y Marcial lo lírico á Horacio. Dió por lo cómico Terencio, por lo satírico Persio, aspirando todos á la ufanía de primeros en su género. Que el alentado capricho nunca se rindió á la fácil imitacion.

Vió el otro galante pintor que le habian cogido la delantera el Ticiano, Rafael y otros. Estaba más viva la fama cuando muertos ellos; valióse de su invencible inventiva. Dió en pintar á lo valenton, objetáronle algunos el no pintar á lo suave y pulido, en que podía imitar al Ticiano, y satisfizo galantemente que quería más ser el primero en aquella grosería que segundo en la delicadeza.

Extiéndase el ejemplo á todo empleo, y todo varon raro entienda bien la treta; que en la eminente novedad sobra hallar extravagante rumbo para la grandeza.

PRIMOR VIII.

QUE EL HÉROE PREFIERA LOS EMPEÑOS PLAUSIBLES.

Dos patrias produjeron dos héroes: á Hércules Té-

PRIMOR IX.

DEL QUILATE REY.

Dudo si llame inteligencia ó suerte al topar un héroe con la prenda relevante en sí, con el atributo rey de su caudal.

En unos reina el corazon, en otros la cabeza, y es punto de necedad querer uno estudiar con el valor y pelear otro con la agudeza.

Conténtese el pavon con su rueda, préciase el águila de su vuelo, que sería gran monstruosidad aspirar el avestruz remontarse, expuesta á ejemplar despeño; y consuélase con la bizarría de sus plumas.

No hay hombre que en algun empleo no hubiera conseguido la eminencia; y vemos ser tan pocos que se denominan raros, tanto por lo único como por lo excelente, y como el fénix, nunca salen de la duda.

Ninguno se tiene por inhábil para el mayor empleo; pero lo que lisonjea la pasion desengaña tarde el tiempo.

Excusa es no ser eminente en el mediano por ser mediano en el eminente; pero no la hay en ser mediano en el ínfimo, pudiendo ser primero en el sublime.

Enseñó la verdad, aunque poeta, aquél. Tú no emprendas asunto en que te contradiga Minerva; pero no hay cosa más difícil que desengañar de capacidad.

¡Oh, si hubiera espejos de entendimiento como los hay de rostro! Él lo ha de ser de sí mismo y falsifícase fácilmente. Todo juez de sí mismo halla luego textos de escapatoria y sobornos de pasion.

Grande es la variedad de inclinaciones, prodigio deleitable de la naturaleza; tanta como en rostros, voces y temperamentos.

Son tan muchos los gustos como los empleos. A los más viles y aun infames no faltan apasionados. Y lo que no pudiera recabar la poderosa providencia del más político rey, facilita la inclinacion.

Si el monarca hubiera de repartir las mecánicas tareas, sed vos labrador, y vos sed marinero, rindiérase luego á la imposibilidad. Ninguno estuviera contento aun con el más civil empleo, y ahora la eleccion propia se ciega aun por el más villano.

Tanto puede la inclinacion, y si se auna con las fuerzas, todo lo sujetan; pero lo ordinario es desavenirse.

Procure, pues, el varon prudente alargar el gusto y atraerle sin violencias de despotiquez á medirse con las fuerzas, y reconocida una vez la prenda relevante, empléela felizmente.

Nunca hubiera llegado á ser Alejandro español y César indiano el prodigioso marqués del Valle, don Fernando Cortés, si no hubiera barajado los empleos; cuando más, por las letras hubiera llegado á una vulgarísima medianía, y por las armas se empujó á la cumbre de la eminencia, pues hizo trinca con Alejandro y César, repartiéndose entre los tres la conquista del mundo por sus partes.

bas, á Caton Roma; fué Hércules aplauso del orbe, fué Caton enfado de Roma. Al uno admiraron todas las gentes, al otro esquivaron los romanos.

No admite controversia la ventaja que llevó Caton á Hércules, pues le excedió en prudencia, pero ganóle Hércules á Caton en fama.

Más de arduo y primoroso tuvo el asunto de Caton, pues se empeñó en domeñar monstruos de costumbres, si Hércules de naturaleza; pero tuvo más de famoso el del tebanos.

La distancia consistió en que Hércules emprendió hazañas plausibles y Caton odiosas; la plausibilidad del empleo llevó la gloria de Alcides á los términos del mundo y pasará adelante si ellos se alargaran. Lo desapacible del empleo circunscribió á Caton dentro de las murallas de Roma.

Con todo esto, prefieren algunos, y no los ménos juiciosos, el asunto primoroso al más plausible; y puede más con ellos la admiracion de pocos que el aplauso de muchos, si vulgares.

Milagros de ignorantes llaman á los empeños plausibles.

Lo arduo, lo primoroso de un superior asunto pocos lo perciben, pero eminentes, y así lo acreditan raros. La facilidad del plausible permítase á todos vulgarizarse, y así el aplauso tiene de ordinario lo que de universal.

Vence la intencion de pocos á la numerosidad de un vulgo entero.

Pero destreza es topar con los empleos plausibles. Punto es de discrecion sobornar la atencion comun en el asunto plausible; maniéstase á todos la eminencia, y á votos de todos se graduó la reputacion.

Débense estimar en más los más. Es palpable la excelencia en tales hazañas, y si con evidencia plausible, las primorosas tienen mucho de metafísico, dejando la celebridad en opiniones.

Empleo plausible llamó aquel que se ejecuta á vista de todos y á gusto de todos, con el fundamento siempre de la reputacion, por excluir aquellos tan faltos de crédito cuan sobrados de ostentacion. Rico vive de aplauso un histrión, y perece de crédito.

Ser, pues, eminente en hidalgo, asunto expuesto al universal teatro, eso es conseguir augusta plausibilidad.

¿Qué príncipes ocupan los catálogos de la fama, sino los guerreros? Á ellos se les debe en propiedad el renombre de magnos. Llenan el mundo de aplauso, los siglos de fama, los libros de proezas, porque lo belicoso tiene más de plausible que lo pacífico.

Entre los jueces se entresacan los justicieros á inmortales, porque la justicia sin crueldad siempre fué más acepta al vulgo que la piedra remisa.

En los asuntos del ingenio triunfó siempre la plausibilidad. Lo suave de un discurso plausible recrea el alma, lisonjea el oído; que lo seco de un concepto metafísico los atormenta y enfada.

PRIMOR X.

QUE EL HÉROE HA DE TENER TANTEADA SU FORTUNA AL EMPEÑARSE.

La fortuna, tan nombrada cuan poco conocida, no es otra, hablando á lo cuerdo y áun católico, que aquella gran madre de contingencias y gran hija de la suprema Providencia, asistente siempre á sus causas, ya queriendo, ya permitiendo.

Ésta es aquella reina tan soberana, inexcrutable, inexorable, risueña, con unos esquivas, con otros, ya madre, ya madrastra, no por pasión, sino por la arcandad de inaccesibles juicios.

Regla es muy de maestros en la discreción política tener observada su fortuna y la de sus adherentes. El que la experimentó madre logre el regalo, empiñase con bizarría, que como amante se deja lisonjear de la confianza.

Tenia bien tomado el pulso á su fortuna el César cuando animando al rendido barquero le decía: «No temas, que agravia á la fortuna de César.» No halló más segura áncora que su dicha. No temió los vientos contrarios el que llevaba en popa los alientos de su fortuna. ¿Qué importa que el aire se perturbe, si el cielo está sereno? ¿Que el mar breme, si las estrellas se rien?

Pareció en muchos temeridad un empeño, pero no fué sino destreza, atendiendo al favor de su fortuna. Perdieron otros, al contrario, grandes lances de celebridad por no tener comprensión de su dicha. Hasta el ciego jugador consulta al arrojarse.

Gran prenda es ser un varón afortunado, y al aprecio de muchos lleva la delantera. Estiman algunos más una onza de ventura que arrobas de sabiduría, que quintales de valor; otros, al contrario, que fundan crédito en la desdicha como en la melancolía. Ventura repiten de necio y méritos de desgraciado.

Suple con oro la fealdad de la hija el sagaz padre, y el universal dora la fealdad del ingenio con ventura. Deseó Galeno á su médico afortunado, al capitán Vejecio, y Aristóteles á su monarca. Lo cierto es que á todo héroe le apadrinaron el valor y la fortuna, ejes ambos de una heroicidad.

Pero quien de ordinario probó agrios de madrastra amaine en los empeños, no terquee, que suele ser de plomo el disfavor.

Disimúleseme en este punto hurtarle el dicho al poeta de las sentencias, con obligación de restituirlo en consejo á los amantes de la prudencia. Tú no hagas ni digas cosa alguna teniendo á la fortuna por contraria.

El Benjamin hoy de la felicidad es, con evidencia de su esplendor, el heroico, invicto y serenísimo señor cardenal infante de España, don Fernando, nombre que pasa á blason ó corona nominal de tantos héroes.

Atendia todo el orbe suspenso á su fortuna, satisfecho asaz de su valor, y declaróle esta gran princesa por su galan en la primera ocasion; digo, en aquella tan inmortal para los suyos como mortal para sus enemigos, batalla de Norlinguen, con progresos de fine-

zas en Francia y Flándes, y con el resto de todo su favor en Jerusalem.

Parte es este político primor, saber discernir los bien y mal afortunados, para chocar ó ceder en la competencia.

Previno Soliman la gran felicidad de nuestro católico Marte, quinto de los Cárlos, para que estuviera en su esfera. Temió más á sola ella que á todos los tercios de Poniente, contemplacion de otros.

Amainó aún á tiempo, y valióle, ya no la reputacion, pues se retiraba de ella, la corona.

No así el primer Francisco de Francia, que afectó ignorar su fortuna y la del César; y así por delincuente de prudencia fué condenado á prision.

Péganse de ordinario la próspera y adversa fortuna á los del lado. Atienda, pues, el discreto á ladearse, y en el juego de este triunfo sepa encartarse y descartarse con ganancia.

PRIMOR XI.

QUE EL HÉROE SEPA DEJARSE, GANANDO CON LA FORTUNA.

Todo móvil inestable tiene aumento y declinacion. Añaden otros estado donde no hay estabilidad.

Gran providencia es saber prevenir la infalible declinacion de una inquieta rueda. Sutileza de tatur saberse dejar con ganancia donde la prosperidad es de juego, y la desdicha tan de véras.

Mejor es tomarse la honra que aguardar á la rebatiña de la fortuna, que suele en un tumbo alzarse con la ganancia de muchos lances.

Faltarle de constante lo que le sobra de mujer, sienten algunos escocidos. Y añadió el Marqués de Mariñano, para consuelo del Emperador sobre Metz, que no sólo tiene inestabilidad de mujer, sino liviandad de jóven en hacer cara á los mancebos.

Mas yo digo que no son livianas variedades de mujer, sino alternativas de una justísima providencia.

Acierte el varón á serlo en esto, recójase al sagrado de un honroso retiro, porque tan gloriosa es una bella retirada como una gallarda acometida.

Pero hay hidrónicos de la suerte, que no tienen ánimo para vencerse á sí mismos si les está bailando el agua la fortuna.

Sea augusto ejemplar de este primor aquel gran mayorazgo de la fortuna y de la suerte, el máximo de los Cárlos y áun de los héroes. Coronó este gloriosísimo emperador con prudente fin todas sus hazañas. Triunfó del orbe con la fortuna, y al cabo triunfó de la misma fortuna. Supo dejarse, que fué echar el sello á sus proezas.

Perdieron otros, al contrario, todo el caudal de su fama en pena de su codicia. Tuvieron monstruoso fin grandes principios de felicidad, que á valerse de esta treta pusieron en cobro la reputacion.

Pudiera asegurar un anillo arrojado al mar y restituido en el arca de un pescado, arras de inseparabilidad entre Policrátés y la fortuna. Pero fué poco despues el monte Micalense trágico teatro del divorcio.

Cegó Belisario para que abriesen otros los ojos, y eclipsóse la luna de España para dar luz á muchos.

No se halla arte de tomarle el pulso á la felicidad, por ser anómalo su humor; previénenos algunas señales de declinacion.

Prosperidad muy aprieta, atropellándose unas á otras las felicidades, siempre fué sospechosa, porque suele la fortuna cercenar del tiempo lo que acumula del favor.

Felicidad envejecida ya pasa á caduquez, y desdicha en los extremos cerca está de mejoría.

Estaba Abul, moro, hermano del Rey de Granada, preso en Salobreña, y para desmentir sus confirmadas desdichas, púsose á jugar al ajedrez, propio ensayo del juego de la fortuna. Llegó en esto el correo de su muerte, que siempre ésta nos corre la posta. Pidió Abul dos horas de vida, muchas le parecieron al Comisario, y otorgóle sólo acabar el juego comenzado. Díjole la suerte, y ganó la vida y áun el reino, pues ántes de acabarlo llegó otro correo con la vida y la corona, que por muerte del Rey le presentaba Granada.

Tantos subieron del cuchillo á la corona como bajaron de la corona al cuchillo. Cómense mejor los buenos bocados de la suerte con el agridulce de un azar.

Es corsaria la fortuna, que espera á que carguen los bajeles. Sea la contratreta anticiparse á tomar puerto.

PRIMOR XII.

GRACIA DE LAS GENTES.

Poco es conquistar el entendimiento si no se gana la voluntad, y mucho rendir con la admiracion la aficion juntamente.

Muchos con plausibles empresas mantienen el crédito, pero no la benevolencia.

Conseguir esta gracia universal algo tiene de estrella, lo más de diligencia propia. Discurrirán otros al contrario, cuando á igualdad de méritos corresponden con desproporcion los aplausos.

Lo mismo que fué en uno iman de las voluntades es en otro conjuro. Mas yo siempre le concederé aventajado el partido al artificio.

No basta eminencia de prendas para la gracia de las gentes, aunque se supone. Fácil es de ganar el afecto, sobornado el concepto, porque la estimacion muñe la aficion.

Ejecutó los medios felizmente para esta comun gracia, aunque no así para la de su rey, aquel infaustamente inclito Duque de Guisa, á quien hizo grande un rey favoreciéndole, y mayor otro emulándole: el tercero, digo, de los Henricos franceses. Fatal nombre para príncipes en toda monarquía, que en tan altos sujetos hasta los nombres descifran oráculos.

Preguntó un dia este rey á sus contiguos: «¿Qué hace Guisa, que así hechiza las gentes?» Respondió uno extravagante áulico, por único en estos tiempos: «Sire, hacer bien á todas manos; al que no llegan derechamente sus benévolos influjos, alcanzan por reflexion, y cuando no obras, palabras. No hay boda que no festeje, bautismo que no apadrine, entierro que no

honre; es cortés, humano, liberal, honrador de todos, murmurador de ninguno, y en suma, él es el rey en el afecto, si vuestra majestad en el efecto.

Feliz gracia si la hermanara con la de su rey, que no es de esencia el excluirse, por más que encarezca Bayaceto que la plausibilidad del ministro causa recelo al patron.

Y de verdad que la de Dios, del Rey y de las gentes son tres gracias más bellas que las que fingieron los antiguos. Danse la mano una á otra, enlazándose apretadamente todas tres, y si ha de faltar alguna, sea por órden.

El más poderoso hechizo para ser amado es amar. Es arrebatado el vulgo en proseguir, si furioso en perseguir.

El primer móvil de su séquito, despues de la opinion, es la cortesía y la generosidad; con éstas llegó Tito á ser llamado delicias del orbe.

Iguala la palabra favorable de un superior á la obra de un igual, y excede la cortesía de un príncipe al dón de un ciudadano.

Con sólo olvidarse por breve rato de su majestad el magnánimo don Alonso, apeándose del caballo para socorrer á un villano, conquistó las guarnecidas murallas de Gaeta, que á fuerza de bombardas no mellára en muchos dias. Entró primero en los corazones, y luégo con triunfo en la ciudad.

No le hallan algunos destempladamente críticos al grande de los capitanes y gigante entre héroes otros méritos para su antonomasia, sino la benevolencia comun.

Diria yo que entre la pluralidad de prendas merecedora cada una del plausible renombre, ésta fué felicísima.

Hay gracia de historiadores tambien, tan de codicia cuan de inmortalidad, porque son sus plumas las de la fama. Retratan, no los aciertos de la naturaleza, sino los del alma. Aquel fénix Corvino, gloria de Hungría, solia decir, y practicar mejor, que la grandeza de un héroe consistia en dos cosas, en alargar la mano á las hazañas y á las plumas, porque caracteres de oro vinculan eternidad.

PRIMOR XIII.

DEL DESPEJO.

El despejo, alma de toda prenda, vida de toda perfeccion, gallardía de las acciones, gracia de las palabras y hechizo de todo buen gusto, lisonjea la inteligencia y extraña la explicacion.

Es un realce de los mismos realces y es una belleza formal. Las demas prendas adornan la naturaleza, pero el despejo realza las mismas prendas. De suerte que es perfeccion de la misma perfeccion, como transcendente beldad, con universal gracia.

Consiste en una cierta airosidad, en una indecible gallardía, tanto en el decir como en el hacer, hasta en el discurrir.

Tiene de innato lo más, reconoce la observacion. Lo ménos hasta ahora nunca se ha sujetado á precepto superior, siempre á toda arte.